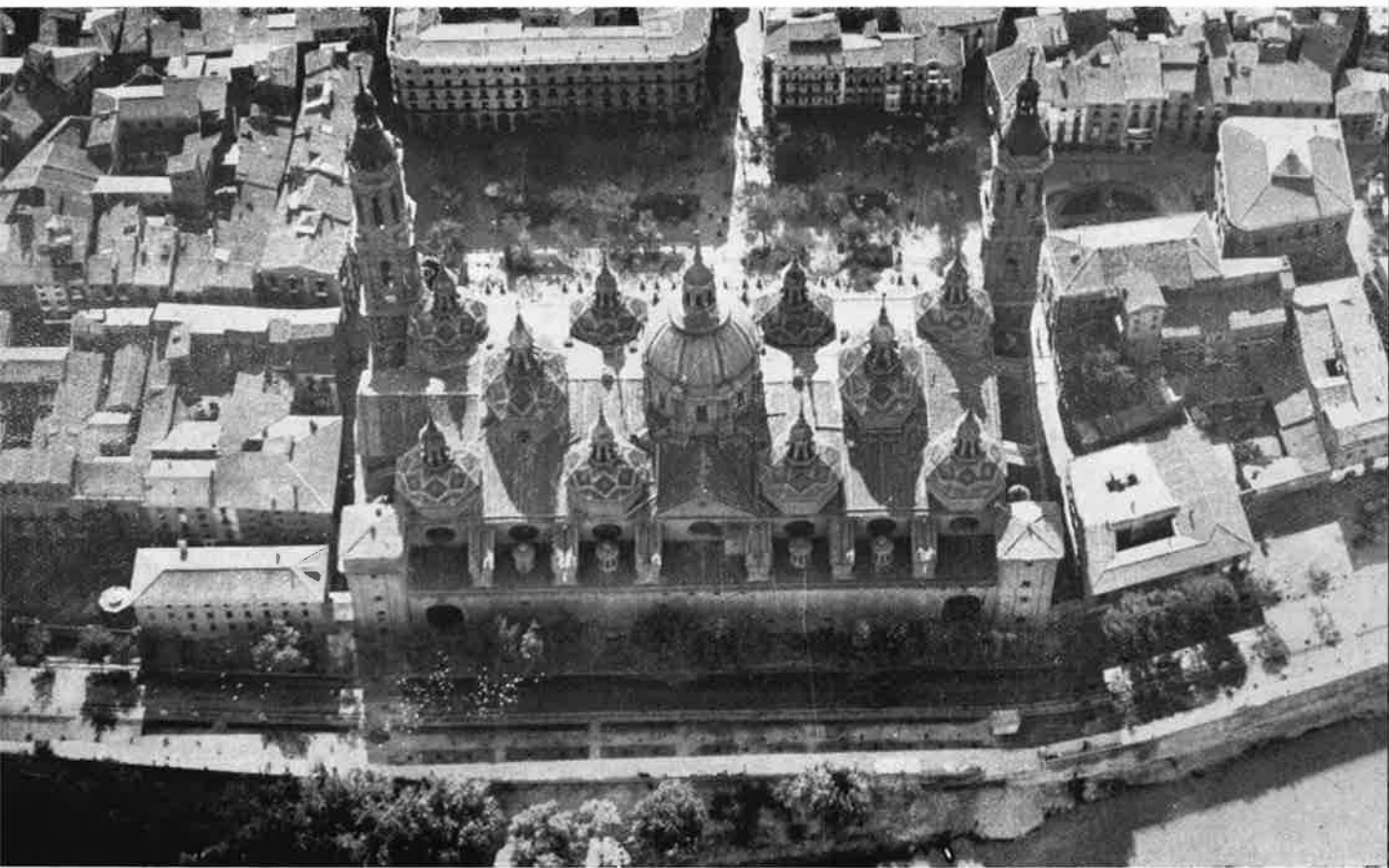




La plaza del Pilar

Editado por el Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza con motivo
del privilegio que le fue concedido de adorar a la Santísima
Virgen del Pilar, en su Camarín, el 2 de enero de 1960.



Así era la Plaza del
Pilar antes de 1936

L

A promesa —dice un antiguo proverbio persa— es una cadena que nos ata al futuro, y sólo Dios es capaz de detener la marcha del tiempo. Y la promesa fue hecha en aquella tarde luminosa del 17 de mayo de 1954, en el Salón de Sesiones de la Casa Consistorial, donde se aglomeraba la Ciudad a través de todos sus estamentos, y de todas sus clases sociales, porque un nuevo Alcalde había llegado.

De boca en boca había corrido la noticia, y si bien es cierto que el nombre cualifica a las cosas, no es menos cierto que el nombre dignifica los cargos, y aquel Luis Gómez Laguna había sido designado para la primera magistratura de la Ciudad, a la que llegaba con la herencia de amor a la misma que le legaron sus mayores, con el ímpetu de su juventud, con el corazón abierto en el ansia de servir a Zaragoza, que le había visto nacer.

Y sus palabras en el acto solemne de la toma de posesión, fueron parcas, escuetas, como verdadera estilización de un pensamiento tenaz, sin adornos oratorios, sin florituras que encubren generalmente lo vacío, pero plenas de sinceridad como corresponde a la idiosincrasia de la raza. «Vengo —dijo— a continuar una labor, y si logro dar cima a los proyectos y obras que hay entre manos, me consideraré dichoso.»

No traía, pues, más programa que la continuidad y la terminación de lo empezado; de todo aquello que por unas u otras circunstancias se inició y no se había terminado, y estamos seguros que al hacer esta promesa de realizar las obras de otros, Luis Gómez Laguna, frente a la Ciudad toda, pensaba en el Pilar y en su plaza, que se hallaba así:



Era la Plaza del Pilar la preocupación de la Ciudad por constituir el centro espiritual de la misma.

Francisco Caballero inició la obra, esa obra que hubo de suspenderse por su importancia económica, inasequible para quienes lo sucedieron, ante las dificultades del erario público, y este su nuevo sucesor, con el ímpetu y el tesón de aragonés, se propuso vencerlas y dar cima a lo proyectado.

La promesa estaba hecha, y el Ayuntamiento constituido por el nuevo Alcalde la recoge en sesión que se celebra dos días más tarde, y es el primer Teniente de Alcalde, D. Angel Canellas, quien dice: «Si la Ciudad abunda en problemas, si estas Casas Consistoriales rebosan en mociones y en estudios técnicos terminados, y si, por añadidura, las arcas no se ahogan en deudas, aquí estamos contigo, para solucionar, para planificar en un orden de urgencia, en una palabra, para realizar.»

«Hay —añade— a cuatro meses vista un título de crédito en circulación: el Congreso Nacional Mariano. No en vano Zaragoza es la primera Ciudad mariana de la Historia. Conforme contigo, en que el talento fue antes moneda que espíritu; pero también es cierto que aquí, en Zaragoza, ostentamos el raro privilegio histórico de que el proceso fue inverso, y el jaspe celeste de la columna mariana precedió a los áureos florines de los Santangel. Ante este Congreso Mariano, la Ciudad reclama a sus ediles actividad y urgencia. Recibe, pues, como ofrenda, nuestra oferta de trabajo, Alcalde nuevo. Te sabemos membrudo tronco de amistad, dispuesto a unir estas veinte ramas diversas entre sí, pero todas necesarias. Que suba tu nueva savia y que las ramas, tras el adormecido invierno, reverdezcan de nuevo fruto. En el ayer de tus veinte Concejales hallarás rico tesoro de experiencia. No todas son risueñas, pero Dios promete, tras cruzar el fuego, alcanzar el refrigerio. Con nosotros ya cuentas. Que por añadidura la Ciudad te ayude como merece un ciudadano patrio.»

Y la promesa va cumpliéndose, porque días más tarde, en sesión de 29 de mayo de 1954, el Ayuntamiento Pleno, constituido por los Tenientes de Alcalde D. Angel Canellas López, D. Francisco Vera Gracia, D. Francisco Sanz Ibáñez, D. Manuel Albareda Herrera, D. Antonio Blasco del Cacho, D. Carlos Navarro Herranz y D. José Rodríguez Pérez, y por los Concejales D. Juan Antonio Martínez Barrado, D. Julián Abril Pascual, D. Luis Ariño Malo, D. Angel Guíu Pelegrín, D. Higinio Marco Chóliz, D. Joaquín Aperte Martínez, D. José Uriol Carnicer, D. Angel Sáiz Iglesias, D. José María Nasarre Cascante, D. Juan Manuel de la Aldea Ruifernández, D. José María Rodríguez Campoamor, D. Mariano Tomeo Lacrué y D. Arturo Bressel Marca, con una sincera unanimidad, acomete la reforma de la Plaza del Pilar. Y uno tras otro se aprueban los proyectos de alumbrado en las diversas zonas, el proyecto de pavimentación que tiende a resaltar el Templo y a mostrarlo al pueblo como en una bandeja de oro, bandeja que ha de servir para cobijar a las multitudes en los actos marianos que se aproximan y en todos otros cuantos puedan celebrarse en tiempos sucesivos. Y se aprueba también el proyecto de terminación del monumento a los Caídos, Altar de la Patria, donde las solemnidades religiosas habrán de tener lugar.

Y el Ayuntamiento no se asusta del problema económico, aprobando un Presupuesto extraordinario que ha de nutrirse con un empréstito que días más tarde acepta cubrir la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja.

Y surge el aspecto negro de la cuestión, que son las expropiaciones de viviendas y la indemnización a los inquilinos que las ocupan y que han de desalojarlas en plazo perentorio ante un inmediato derribo de los inmuebles. Es labor callada y silenciosa, enconada y tenaz, que se lleva a cabo rápidamente, porque, es necesario decirlo, aquellos buenos zaragozanos, siguiendo el ejemplo de su Ayuntamiento, no vacilan en el sacrificio de sus hogares por rendir su homenaje al Pilar, y las viejas casas quedan vacías, sin alma, dispuestas para su derribo.



Y el lunes 7 de junio de 1954 comienzan las obras de la reforma de la Plaza del Pilar. Los árboles añejos son apeados, uno a uno, mientras viejos zaragozanos los ven caer con lágrimas en los ojos que provocan nostálgico recuerdo, pero que se secan rápidamente al calor de los corazones que latén por el Pilar. Las máquinas invaden el recinto, mientras legiones de obreros trabajan las veinticuatro horas del día en un incansable afán de superación. Hay hombres que trepan por las fachadas instalando el nuevo alumbrado, sin que importe a los trabajadores el rigor del verano, porque con su sudor amasan aquella tierra tan próxima al lugar santificado por la propia presencia de la Madre de Dios.



Las obras continúan a ritmo acelerado, pudiendo observarse cómo las piedras van cubriendo los desaparecidos jardines, cómo se construyen las escalerillas de acceso, cómo se eleva al cielo la severa figura de los cipreses. Ya se aprecia lo que ha de ser la nueva plaza, y el comentario popular es de unánime elogio. Al fin la Virgen va a tener el lugar adecuado para recibir a las multitudes que vengan a visitarla.

Y un día de octubre, las obras terminan. La promesa está cumplida sin que Dios haya tenido que detener la marcha del tiempo, y ya no hay cadena que ate al futuro. La letra de cambio ha sido pagada. Ya tenemos Plaza. Es obra de todos.





LOS ACTOS DEL CONGRESO MARIANO

El 7 de octubre de 1954, cuatro meses justos después del comienzo de las obras de la Plaza del Pilar, se inauguraban en Zaragoza los actos solemnes del Congreso Nacional Mariano.

La realización de la obra llevada a cabo, se justificaba en su aspecto material por los millares de personas llegadas a nuestra Ciudad para tomar parte en las grandes concentraciones que habían de celebrarse; la justificación espiritual la daba días más tarde el Excmo. señor D. Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes Españolas, cuando decía en un magnífico discurso «dónde mejor que en Zaragoza, y a la sombra de la Virgen del Pilar, podía celebrarse la consagración de España al Corazón de María. No fuimos nosotros los que escogimos el lugar, fue Ella la que escogió su propio trono».

No hemos de reseñar aquí las diversas solemnidades celebradas con motivo del Congreso Nacional Mariano, ya que nuestro propósito es señalar aquellos actos que han tenido como marco esa Plaza del Pilar que Zaragoza ofreció a su Reina. Y señalamos la coincidencia de que la primera grandiosa concentración humana que se celebra en dicho lugar, es la que más directamente puede halagar a la Virgen por la inocencia y candor de sus actores: los niños.

En la mañana del 8 de octubre se pone de manifiesto la cándida contribución de la infancia a los actos de piedad del Congreso. En el altar del Monumento a los Caídos se celebra la primera Misa ofrecida en dicho sitio. Las escalinatas están cuajadas de blancas banderas, y por la plaza se extienden miles y miles de criaturas, sin que pueda exactamente calcularse su número, pero pudiendo asegurarse que pasan de los treinta mil.

Centenares de sacerdotes escuchan en la Plaza las confesiones infantiles, y ellos mismos, a la hora de la comunión, distribuyen la Sagrada Eucaristía. El momento de la elevación tiene una emoción inenarrable que se acentúa cuando el Obispo Auxiliar de Tarragona, Dr. Laureano Castán, preside la renovación de las promesas del bautismo hecha con clamorosa voz por toda la masa infantil congregada.

Por la tarde, un acto eucarístico celebrado cara al Templo, en el altar central de la fachada del Pilar, congrega nuevamente, en la Plaza, a idénticos millares de criaturas, y es tan justificada la obra que se ha hecho, que el pueblo y la Prensa zaragozana comentan que en este acto se ha podido apreciar el acierto de la iniciativa de convertir la Plaza del Pilar en una gran avenida, y que sin este espacio, la ceremonia de la Consagración de los niños al Inmaculado Corazón de María, el acto no hubiera podido alcanzar la grandiosidad y belleza que tuvo.





Continúa el Congreso sus tareas, y a los niños siguen las mujeres españolas, que en la mañana del 9 de octubre ofrecen su homenaje a la Virgen. Día de viento inclemente no es óbice para la grandiosidad del acto, pues pasan de 20.000 las mujeres congregadas en la Plaza del Pilar, que también escuchan la Santa Misa celebrada en el Altar de los Caídos, y reciben la Sagrada Comunión, congregándose nuevamente por la tarde, con una mayor asistencia, para celebrar una procesión de antorchas.

En este mismo día, los deportistas españoles rinden también su homenaje a la Virgen, concentrándose en la Plaza y leyéndose la Ofrenda a Nuestra Señora, seguida del canto de una Salve Solemne y de la Bendición impartida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo doctor D. Rigoberto Doménech.

Y a partir de esa fecha continúan las concentraciones humanas en la Plaza del Pilar, como consecuencia del Congreso Mariano, y es el homenaje del Frente de Juventudes, el de la Organización Sindical Española, el de Acción Católica, el del Ejército Español y otros muchos.





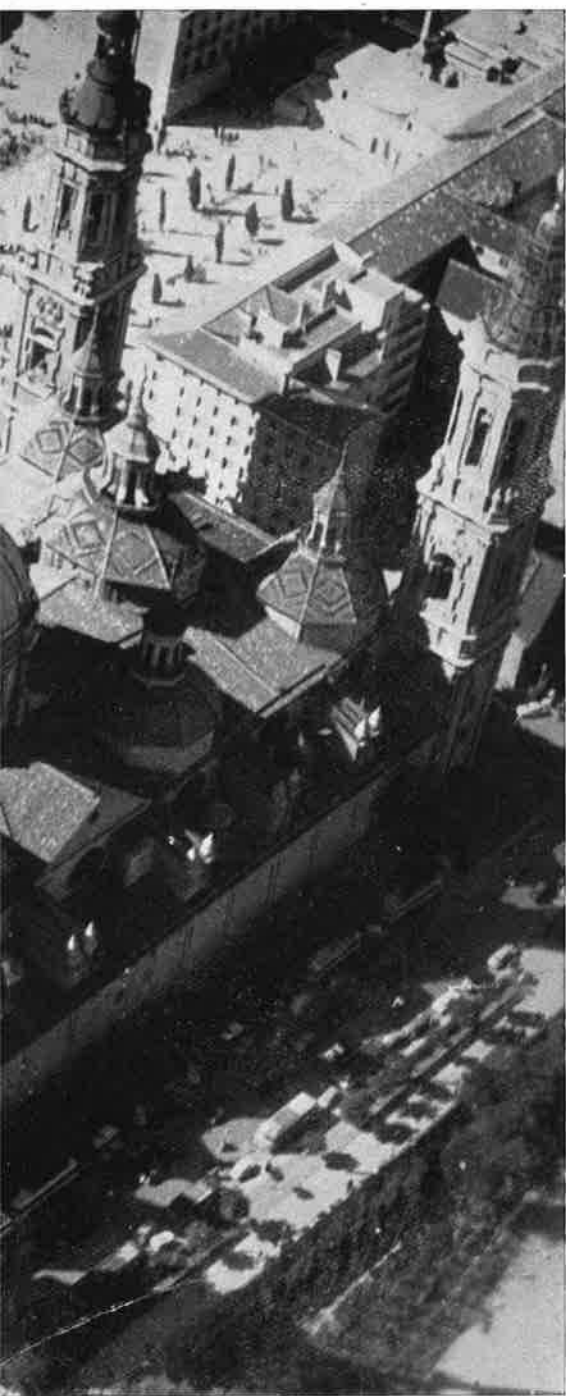
Los actos culminan en aquella mañana del día 12 de octubre, festividad de Nuestra Señora del Pilar y de la Raza, ensalzados con la presencia de Francisco Franco, Caudillo de España, que ha de consagrar la Nación al Corazón de María.

Ya la tarde anterior, cuando el Jefe del Estado llegó a Zaragoza, la Plaza del Pilar era un hervidero humano, que ponía una vez más de manifiesto la necesidad de aquella reforma que se había realizado. Y volvió a demostrarse a la mañana siguiente, al celebrarse el acto de que anteriormente hemos hecho mención.

En el Altar del Monumento a los Caídos, coronado por las banderas de los países hispanoamericanos, resaltaba la imagen procesional de plata de la Virgen del Pilar, a cuyos pies había de celebrarse el Santo Sacrificio. A ambos lados del Altar, sendos baldaquinos de terciopelo rojo cobijaban a los Cardenales asistentes, en un lado, y al Jefe del Estado y su esposa, en el otro.











A los pies del monumento se alzaban tribunas que fueron ocupadas por el Gobierno, Autoridades, Prelados, Cuerpo Diplomático y Cabildo, y a lo largo de la explanada centenares de sillas y bancos albergaban a las Corporaciones y Entidades invitadas al acto, a las que seguía una ingente muchedumbre que llenaba totalmente la Plaza hasta las proximidades de la Lonja.

No es nuestra misión describir la emoción de aquel acto grandioso, sino resaltar, una vez más, que el esfuerzo realizado en esta obra estaba debidamente compensado. Nos basta referirnos a unas palabras publicadas por D. Luis Horno Liria, y que dicen: «En la Plaza se hallaba toda la Ciudad. ¿Cuántos hombres habría allí? ¿Ochenta mil, cien mil? No me parecen demasiados. Es la comprobación palpable de un acierto, el de la Plaza del Pilar, sin la cual, hoy se ve, poco o nada hubiéramos podido hacer en estos días.»



MAS TARDE

Aquello fue el comienzo, pero en años sucesivos los actos celebrados han venido reiterando la afirmación de que aquella obra era necesaria.

Uno tras otro, diversos hechos que llevaban aneja la comparecencia de multitudes, han tenido lugar allí, desarrollándose con una solemnidad y magnificencia que sin esta obra no hubieran podido existir. En la Plaza del Pilar comparecen los participantes en los Festivales Internacionales y Nacionales de Danzas, que suman varios centenares de actantes, y que arrastran con su espectacularidad a millares de almas, que de pie en las losas y sobre las gráciles escalerillas contemplan extasiados aquellas manifestaciones folklóricas de diversos países del mundo, resaltando el homenaje nacional de la Jota.

Luego, la Plaza se viste de luto, y las Autoridades, las Representaciones, las Corporaciones, las Entidades, el todo Zaragoza, se congrega en ella para rendir el último homenaje a su Pastor, el Arzobispo Doménech, que tanto hizo por el Pilar, y que va a ser enterrado en la Cripta del Templo, a los pies de la Santa Columna.





La alegría vuelve nuevamente a la Plaza en un 4 de diciembre, lleno de niebla, pero que no es obstáculo para que en ella se congreguen millares y millares de zaragozanos que rinden ahora, a su vez, su primer tributo de veneración a su nuevo Prelado, el Arzobispo Morcillo y González.

Y nuevamente se ensombrece la Plaza con una nota de dolor emocional y de recuerdo al heroísmo. Los restos del General Palafox, que reposaban en Madrid, han sido trasladados a nuestra Ciudad en la conmemoración del CL Aniversario de los Gloriosos Sitios, de los que fue Caudillo. En el mismo Altar donde España se consagró a María se celebran las fúnebres exequias. El Ministro del Ejército, General Barroso, representa al Jefe del Estado, y a su lado se agrupan representantes de Francia e Inglaterra, representaciones del Ejército Nacional, Corporaciones, Entidades y pueblo en general, que llena nuevamente la Plaza del Pilar en esta ceremonia patriótica.



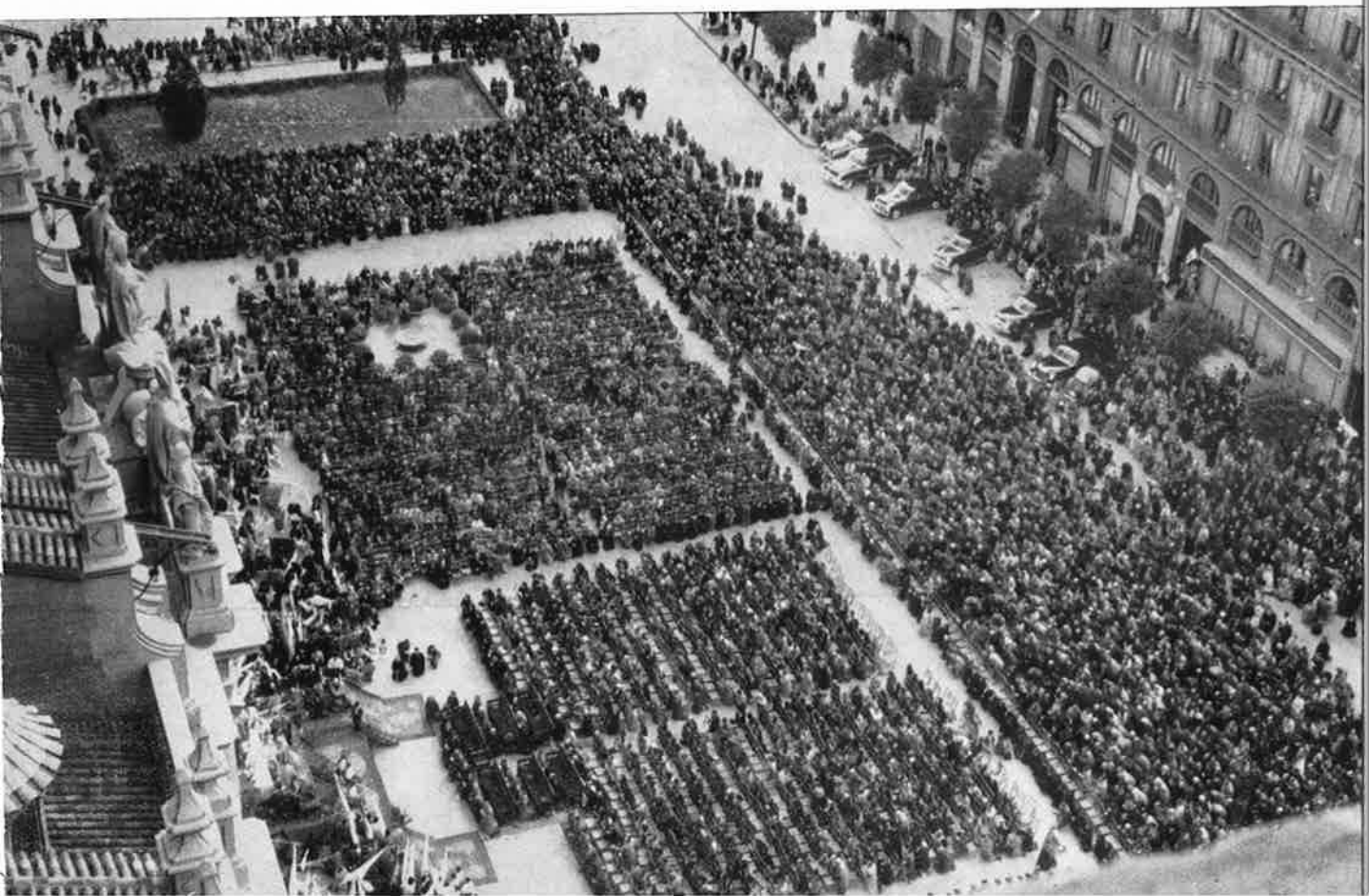


Después, la Plaza vuelve a reír en los 12 de octubre de los años 1958 y 1959, en que mujeres aragonesas, todas ellas vestidas con el traje regional, realizan la Ofrenda de Flores a la Virgen en el día de su Fiesta, contándose por millares los asistentes, y demostrando, una vez más, la necesidad de aquel espacio junto al primer Templo mariano del mundo.

Las grandes concentraciones concluyen, por el momento, con la magna sesión de clausura del Congreso Diocesano del Apostolado Seglar. Otra vez millares de personas posan sus plantas en aquel lugar y rinden tributo de veneración a la Santísima Virgen, pudiendo seguir con todo fervor las ceremonias allí celebradas.

Y eso es la Plaza del Pilar, marco grandioso, donde se dan cita las manifestaciones de alegría y de dolor.

Es como un corazón humano. Es el corazón de Zaragoza.



UN PRIVILEGIO SINGULAR

El esfuerzo realizado por el Ayuntamiento para llevar a cabo la reforma de la Plaza del Pilar, estaba ya debidamente compensado con la posibilidad de la celebración de actos de homenaje a la Virgen, de la importancia de los que hemos reseñado, pero el Excmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo, Dr. D. Casimiro Morcillo y González, y el Excmo. Cabildo Metropolitano entendieron que aquella labor debía ser públicamente reconocida, por una parte, al Ilmo. Sr. Alcalde D. Luis Gómez Laguna, y por otra, al Excmo. Ayuntamiento como Entidad jurídica, prescindiendo de la personalidad física de sus componentes. Y fue por ello por lo que en la mañana del 2 de enero de 1960, en el MCMXX aniversario de la Venida de la Virgen en Carne Mortal a Zaragoza, se les invitó a comparecer en el Camarín de Nuestra Señora.



Allí se congregaron el Ilmo. Sr. Alcalde D. Luis Gómez Laguna, los Tenientes de Alcalde D. Francisco Vera Gracia, D. Gumersindo Claramunt Pastor, D. José Paricio Frontiñán, D. José Blesa Azanza, D. Serapio Quintín Mancholas, D. José María Franco de Espés y Domínguez y D. Luis Blasco del Cacho, y los Concejales D. Manuel Rodeles Giménez, D. Francisco Navarro Anguela, D. Ricardo Malumbres Logroño, D. Ricardo Mur Buil, D. Mariano Lázaro Franco, D. Anselmo Gracia Forcés, D. Pedro Pajuelo Díaz, D. Ramón Morón Martín, D. Rafael Barceló Lorient, D. José Gimeno Lisón, D. Mariano Arribas Fuertes y D. Antonio Serrano Montalvo, El Secretario General D. Luis Aramburo Berbegal y el Oficial Mayor y Jefe de Ceremonial D. Carmelo Zaldívar Arenzana.

Recibidos por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, al que acompañaban diversos Capitulares del Excmo. Cabildo Metropolitano con el M. I. Sr. Deán Dr. D. Hernán Cortés Pastor; el Secretario del mismo, M. I. Sr. D. José Luis Irizar y Artiach, dio lectura al siguiente documento:

«El Excmo. Cabildo Metropolitano reconoce y nombra Bienhechor Insigne del Pilar al Ilmo. Sr. D. Luis Gómez Laguna, Alcalde de la Ciudad, que engrandeció la Plaza para engrandecer el Templo, y le otorga el privilegio de abrazar, junto con su Ayuntamiento, por vez Singular, en su Camarín, a la Virgen Nuestra Señora.

Basílica del Pilar de Zaragoza, 2 de enero de 1960.

Firmado † Casimiro, Arzobispo de Zaragoza.—Dr. Hernán Cortés, Deán.—J. Luis Irizar Artiach, Secretario.—Registrado libro 1948, folio 195.»

Terminada la lectura, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo pronunció las siguientes palabras:



«Sr. Alcalde,

Hace ahora cerca de veinte siglos la Virgen María, en el trance de ser madre, buscó alojamiento en Belén, y, al no hallar hospitalidad, hubo de refugiarse en un establo para dar a luz al mejor de los hijos de los hombres.

A diferencia de Belén, Zaragoza prestó cordial acogida a la Virgen desde el momento mismo en que ésta, portadora de un mensaje maternal, visitó al apóstol desalentado.

Han corrido diecinueve siglos desde aquel día y, con los siglos, la ermita primitiva se hizo capilla; la capilla, templo; y el templo, catedral grandiosa. Desde aquí, como desde el establo de Belén, la Virgen ha sonreído a los ángeles, ha dispensado su protección maternal a los pastores y ha recibido el homenaje de los magnates.

Vuestro Ayuntamiento, intérprete y ejecutor de la voluntad de Zaragoza, ha querido continuar la tradición hospitalaria de la Inmortal Ciudad y, para ello, además de cien pruebas de amor a la Virgen, ha puesto a la Basílica el insuperable marco urbano de esa plaza espaciosa, transparente y bella como pocas en el mundo.

El Arzobispo y su Cabildo, capellanes de la Virgen, agradecidos, no hallamos otra manera mejor de testimoniar estos honrosos hechos que arrancando una estrella del trono de la Señora y poniéndola en vuestras manos para que, a su luz, símbolo de la doctrina de Cristo, os guiéis siempre en el regimiento de la Ciudad.

Sr. Alcalde, recibid una de las estrellas con que ha estado coronada la Virgen y, con vuestros concejales, subid, si os place, a besar, en nombre de la Ciudad de Zaragoza, la columna sagrada de la Madre de Dios.»



A continuación, fueron invitados los asistentes por el Maestro de Ceremonias D. Francisco Mateo a subir al Camarín de la Virgen para abrazar a la Sagrada Imagen de Nuestra Señora del Pilar que, por la festividad del día, y siguiendo ya costumbre tradicional, estaba desprovista del manto que ordinariamente usa. Comenzando por el Ilmo. Sr. Alcalde, y seguido de los Tenientes de Alcalde, Concejales, Secretario General y Oficial Mayor, todos y cada uno besaron la Santa Columna y la Imagen.

Terminada la ceremonia, el Excmo. Ayuntamiento corporativamente constituido, pasó a ocupar los lugares que tiene asignados junto al Altar Mayor, asistiendo a la Misa solemne que allí se celebró.

La oración sagrada estuvo a cargo del M. I. Sr. Deán, Dr. D. Hernán Cortés y Pastor, que por la importancia de su contenido reproducimos más adelante.

Esta es la moderna historia de la Plaza del Pilar, cuya ejecución ha tenido como premio material el darle a la Virgen el marco adecuado para su Templo, y como premio espiritual, ese privilegio singular de que el Ayuntamiento zaragozano, por vez primera en la Historia, haya subido corporativamente y en nombre de la Ciudad aquellas escaleras que conducen hasta la Sagrada Imagen, para besarla y venerarla.

Que esta Plaza del Pilar sea testigo muchas veces de grandiosas manifestaciones de fe, y que de todos los rincones del mundo vengán gentes que la pisen en su caminar hacia ese Pilar bendito, y como reconocimiento pleno de su universal grandeza. Amén.

Sermón predicado en la Basílica del Pilar, la mañana del 2 de enero de 1960, en la fiesta de la Venida de la Virgen Santísima en carne mortal a Zaragoza, por el Ilmo. Sr. Dr. D. Hernán Cortés Pastor, Deán del Excmo. Cabildo Metropolitano.

Sea ante todas las cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar. Por la señal... Adoraremos en el lugar en que se posaron sus plantas (Del salmo 131, versículo 7.º)

Excelentísimo Cabildo Metropolitano de Zaragoza. Excelentísimo Ayuntamiento de la Inmortal Ciudad de Zaragoza. Devotos de la Virgen Santísima del Pilar:

Estamos celebrando la fiesta de la Venida de la Virgen María en carne mortal a Zaragoza. Ofrece distintos aspectos esta fiesta que ahora recordamos y reproducimos. Es un aspecto ciudadano e íntimo, un aspecto español, ibérico, casi general y que tiene como bases la venida de Santiago a España, la erección de la capilla en honor de Nuestra Señora, la venida de la Virgen Santísima en carne mortal a esta ciudad, la antigüedad de Santa María la Mayor de Cesaraugusta; después, la antigüedad venerable de la Santa Columna y la irradiación de la predicación jacobea por este mensaje mariano de la venida de la Virgen María en carne mortal. Vamos a considerar en la oración que vamos a dedicaros en esta fiesta, este tema enjundioso; y así iremos a parar a la consecuencia de ese miembro de un versículo de un salmo, en el cual nos inspiramos como tema para concluir diciendo: Bendita sea la hora en que la Virgen María vino en carne mortal a Zaragoza. Para que la predicación sea provechosa para todos los que estamos reunidos, la vamos a encomendar a Dios Nuestro Señor diciendo a la Virgen Santa María del Pilar: Dios te salve...

En las fiestas familiares se gusta de recordar a la persona que se considera como tronco del árbol familiar, a los personajes que se distinguieron en este árbol genealógico, a los acontecimientos principales de la familia. Hoy, Excelentísimo Ayuntamiento de la Inmortal Ciudad de Zaragoza, esta fiesta es muy vuestra, porque es de la ciudad que vosotros representáis. Y cuando se recuerda el origen de nuestra historia, se pierde nuestra mente allá en lejanos tiempos, muy remotos, cuando hay en torno al territorio español extendidas leyendas, que dicen de la riqueza de nuestro subsuelo en minas de oro y de plata, que por esto más tarde esos montes que nos mantienen unidos con Europa se llamaron Pirineos, de palabra griega que, como sabéis, significa fuego, en memoria de aquella leyenda que supone que metales nobles derretidos, oro y plata, fluían por las vertientes de aquellas montañas, a entrambos lados de aquella tiramira de montes. Es entonces también cuando se sitúan los jardines tartésicos al Mediodía de España, y es cuando se localiza a lo Campos Elíseos en la ribera del Betis, que hasta en Homero se supone que estos Campos felicísimos están en el extremo del mundo, y nosotros éramos Finisterre. Después encontramos poetas como sabéis, griegos y latinos, que entonan ditirambos al territorio ibérico; hasta Judas Macabeo, 161 años antes de Jesucristo, trata, como se ve en el Libro de los Macabeos, al final, del Antiguo Testamento, de establecer un pacto con los romanos y ensalza sus victorias, y entre éstas culmina haber dominado a España y estar aprovechando el oro y plata de sus minas.



Pero, sobre todo, destaca Estrabón, geógrafo de los tiempos de César Augusto, que entona alabanzas verdaderamente exageradas de nuestro territorio, que está en el extremo del mundo, entre dos grandes mares, que tiene ciudades bien abastadas y que se abren en las orillas de los ríos y las ensenadas bien comunicadas por vías acuáticas. Allí se pondera la diferencia de nuestro clima y la diversidad de nuestros productos y el aprovechamiento de éstos, y se habla con encomio de los animales que pululan sobre España y de los peces que surcan las aguas de nuestros ríos y de nuestros mares. Andarán los siglos y un eco de estas alabanzas lo podréis encontrar en la Crónica de Alfonso el Sabio, cuando compara España con el Paraíso Terrenal. Es más, aquellas alabanzas aún se reflejan en las descripciones de España de Mariana y de Masdeu. Hasta la industria hispánica de entonces era muy celebrada, como nuestra cerámica; se habla de los cuchillos y de las espadas de Turiaso, de Calatayud y de Toledo. Así se va explicando que haya grupos étnicos que se suceden en la invasión de España y que tengamos colonias de fenicios, de griegos y de cartagineses; pero especialmente, Ayuntamiento que me escuchas, que tanto trabajas por esta ciudad y que así contribuyes al bien común de España, hay que recordar a los romanos; cincuenta colonias tuvieron aquí, en España; es entonces nuestra península el término de una auténtica emigración del Imperio Romano; aquí ciudades que son de derecho latino, aquí municipios hispano-romanos; la lengua oficial era la latina; hubo monedas con inscripciones romanas.

España ha sabido asimilar a Roma: su lengua en nuestro romance, su derecho es base del derecho hispánico; las ciudades nuestras asimilan aquel sentido municipalista de Roma: somos romanos en las costumbres y en los usos.

Es César Augusto el que por fin nos incluye en el número de las diócesis de Roma; somos parte del Imperio Romano; la romanización es perfecta.

España es generosa, porque cuando empieza a declinar aquel Imperio Romano, le da su savia: custodios para la guardia pretoriana, guerreros para sus legiones, emperadores como Galba, Trajano, Adriano, Marco Aurelio y Teodosio. Sabios y pensadores y filósofos como Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Floro Mela, Pomponio Columela; somos verdaderamente entonces la parte sosegada y tranquila de una provincia romana quieta, próspera y culta.

En aquellos momentos, la romanización de algunas ciudades es cabal; pero entre todas, Ayuntamiento, está Cesaraugusta, la romana; bien está que en un lienzo de la muralla romana, en un paño de esa muralla, frente al puente de hierro, haya un vitor a César Augusto, y bien es que allá frente a San Juan de los Panetes se verga la estatua, aquella estatua del Emperador, que parece que está contemplando el mosaico romano delicioso que apareció en nuestros días y que es consuelo y gloria de nuestro Museo Provincial.

Cesaraugusta romanizada entonces; así la debemos considerar y ver.

El Cristianismo llega al mismo tiempo a Roma y a Cesaraugusta, y cuando aquí viene Santiago a predicarnos, no habla ya a hombres rudos y toscos, sino que se encuentra con aquel que llamaba Horacio, Peritus Iber, como dice nuestro polígrafo santanderino, el hombre culto ibérico. Porque, oyentes que me escucháis, hemos de defender científicamente la venida de la Virgen María en carne mortal a Zaragoza, comenzando por

sostener la tradición de la predicación de Santiago en España, que tiene a su favor testimonios que son como una constelación de estrellas que guían a los peregrinos, como la estrella guió a los Magos cuando vienen, no orates e idos, sino hombres conscientes y cultos a venerar precisamente el cuerpo de Santiago allá en Galicia, en Santiago de Compostela. Esta tradición jacobea tiene a su favor más merecimientos cuando se analiza la innanidad de los motivos en que descansan los detractores de esta tradición.

Yo os invito, si no lo habéis hecho todavía, a que leáis la monografía que se debe a la pluma de nuestro cultísimo Lectoral: en esa monografía, publicada por el Centro de Cultura Hispánica de Aragón, veréis la vindicación de esta tradición; que no basta para impugnarla decir que no pudo venir Santiago a España porque es decapitado en Palestina el año 42 de la Era de Cristo, y que había una prohibición de Jesús de que salieran de Palestina a predicar hasta que pasaran doce años después de su muerte; porque esa tradición no la podemos admitir; porque no es bastante que Eusebio de Cesárea en su «Historia Eclesiástica» nos diga un pasaje de Apolonio, escritor antimontanista del siglo II de la Iglesia, cuyas obras han desaparecido, y que pone en labios de un mártir que se llama Trasea el que existe aquella tradición. Como no es bastante tampoco que Clemente Alejandrino en su «Strómata» diga de esa tradición apoyándola en la Kerygma Petrou, que quiere decir, la predicación de Pedro, porque éste es un libro apócrifo, y todos conocemos la autoridad secundaria y relativa de los libros que son apócrifos.

Pero es que además no existe aquella prohibición, porque sobre como veréis que nuestro Lectoral demuestra que había tiempo bastante para predicar en España y después vestirse con la púrpura del martirio allá en Palestina con los años que pasaron hasta el año 42; es que esa tradición no la podemos admitir, porque vemos que antes de que pasen esos doce años, florece el nombre de cristiano allá en Antioquía y ha fundado allí ya una iglesia San Pedro.

¿Qué diremos también del argumento de los que recurren a San Pablo en la epístola de los romanos, en el capítulo 15, en aquellos versículos del 17 al 24, en que San Pablo muestra su gran deseo de ir a Roma y dice que lo va a cumplir cuando venga a España, cuando paze para España, y después expone su manera de fundar iglesias, que no le gusta cimentarlas donde ya ha predicado otro apóstol, de donde infieren, luego si viene a España es que no se ha establecido todavía la iglesia en España? Es una interpretación libre y caprichosa que se ha hecho de ese pasaje, porque San Pablo no es que tenga esta norma como exclusiva, y la prueba la tenéis en que va a Roma y muere en Roma el mismo día que Pedro, en donde ya Pedro había constituido la iglesia.

No se invoque tampoco el argumento del silencio, ese argumento del cual trata esa monografía y trata también el Arzobispo Doménech cuando estudia la venida de la Virgen María en carne mortal a Zaragoza, y cita el P. De Smedt, S. J., que tiene una obra sobre principios de crítica histórica, que dice: «Cuando contra una tradición se invoca el argumento del silencio, es necesario que los autores que silencien aquel hecho, lo hayan podido conocer, y que tengan obligación de hablar de ese hecho; pues bien, en los dos primeros siglos del Cristianismo en España hay hagiografía abundante, esto es, escritores de temas religiosos; pero han desaparecido todas aquellas

fuentes, y si sabemos que hubo esta hagiografía es por autores extranjeros; si pues las fuentes han desaparecido, en ellas no se pueden apoyar invocando el silencio».

Pero es que más tarde, en las otras hagiografías que ya entre nosotros existen, se nos habla de autores que han escrito y que no citan estas dos venidas de Santiago y de la Virgen; hay que contestarles que no se cumple la regla de los principios críticos, porque son autores que escriben monográficamente, de temas en los cuales no hay relación con aquellas dos venidas de que se trata. Por esto les replica muy bien nuestro Lectoral y les dice: «Es un hecho cierto que Osio se distinguió en Córdoba; pues bien, este hecho no aparece en los escritores españoles, luego ¿vamos a negarlo por el argumento del silencio?, ¿no es un hecho comprobado por autores extranjeros?». Aquí tenéis cómo falla este argumento del silencio.

Pero, hermanos, oíd con interés, cuando yo veo que la tradición jacobea cobra más aprecio todavía, es cuando se examinan algunos procedimientos que se han seguido para poderla refutar. Ya me conocéis muchos, sabéis que guardo en el hondón de mi alma un grande amor a Toledo y a su Iglesia Primada, pero soy más amigo todavía de la verdad. Siglo XIII, momento de peligro para la Primacia de la iglesia toledana, y entonces allá en Toledo se apela a un recurso vergonzoso, negar la tradición de la venida de Santiago a España, y se atribuye a Jiménez de Rada una frase hasta despectiva, «que éste es un cuento de viudas y de monjas», y esto se consigna en el Libro de Privilegios de aquella iglesia; pero lo más triste es que hay unas actas del concilio cuarto lateranense, y allí en un escrito se dice de una entrevista en're el Papa Inocencio III y aquel Arzobispo, y allí está la negación de esta tradición de la venida.

Una losa de olvido cayó sobre este hecho vergonzoso. Pero llegamos al siglo XVI, y estando Loaysa docto, primero había sido canónigo, después Prelado de Toledo, hay momento de peligro para la Primacia y entonces se extuma aquel escrito, y Baronio en Roma, que había admitido la venida de Santiago a España, ahora se retracta; momento de peligro, porque Clemente VIII entonces quiere hacer una revisión del Breviario y se va a raer de él, en España, la tradición de la venida de Santiago.

España reacciona virilmente y trabaja con suficiencia, y el peligro se logra conjurar; pero yo os digo ahora a vosotros, con historiadores como el P. Corro y como el P. Nazario Pérez, que tiene apuntes históricos que se han publicado por el Cabildo acerca de la venida de la Virgen, os tengo que decir con ellos y con el Arzobispo Doménech, que aquel escrito es la obra de un falsario, porque el gran Arzobispo de Toledo Jiménez de Rada, el primer Arzobispo después de la Reconquista, cuyos restos se guardan en nuestra ruta de Zaragoza a Madrid, allá en Santa María de Huerta, en su sepulcro, aquel gran historiador, hombre probo y consecuente, no negó la venida de Santiago, que la había admitido paladinamente en sus escritos. Por consiguiente, nosotros estamos como el P. Nazario Pérez, a quien me he referido, y estamos con nuestro Lectoral, y estamos con todos aquellos que defienden la venida de Santiago, y estamos con mi hermano de Colegio el Cardenal Payá, que había sido célebre como Obispo de Cuenca en el Concilio Vaticano, y que sabéis que encontró el sepulcro y encontró las reliquias de Santiago, y de San Teodoro y San Atanasio, sus discípulos en Santiago de Compostela.

Porque no ignorais que hubo un momento de peligro para el cuerpo de Santiago, cuando el corsario Drake invade Santiago de Compostela y destruyó reliquias y documentos y el Obispo que entonces había en Galicia, llamado Sanclemente, guardó aquellas reliquias y aquel sepulcro, pero con tanto sigilo que andando el tiempo no se sabía dónde estaban. Pero aquel Cardenal trabajó y consultó a los eruditos y descifró ciertos pasajes litúrgicos compostelanos, hasta que un día aparece el sepulcro y aparece el mausoleo del siglo I de la Iglesia, mausoleo romano-hispánico, y aparecen aquellos restos y aquellas reliquias. Había que probar que eran las reliquias, el cuerpo de Santiago; y entonces, como había allá en el relicario de Santiago una muela que había sido sacada de sus restos, se colocó en su alvéolo y coincidía, y como Diego Gelmírez había enviado una parte del cráneo de Santiago a San Antón, Obispo de Pistoia, esta parte del cráneo se trae y se recompone y se prueba que aquel era el cuerpo de Santiago. Se estudia, se consulta al F. Fita, a los arqueólogos; se escribe a Roma, vienen de Roma técnicos, se hace un estudio denso y profundo, y por fin, León XIII, en una Bula, declara que aquéllas son las reliquias y aquél el sepulcro de Santiago, y que aquéllos son los cuerpos de sus discípulos Atanasio y Teodoro; estamos, pues, con ellos y con la tradición, porque si aquí están aquellas reliquias no es por un capricho de la suerte, sino porque aquél era Santiago, nuestro Padre y Pedagogo en Cristo.

- Vamos, pues, ahora, a contestar someramente a Natal Alejandro, que dice de esta manera: «Sí, pero Santiago no pudo erigir un templo en Zaragoza a la Virgen Santísima, porque dominaban entonces los romanos en Cesaraugusta, era tiempo de persecuciones y no podía levantarse ningún templo en aquellas circunstancias»; y yo le voy a responder, con el Arzobispo Doménech, que no sigue a Dextro, ni sigue a la M. Agreda, sino que se atiene a la tradición tal como está consignada en el Breviario; el Breviario no habla de una basílica, ni de un templo, ni de una iglesia, ni de una capilla, sino que emplea la palabra «aedicula» —«aedes», casa, y «aedicula», casita—, una capilla tan chica que no tenía más que dieciséis pasos de larga por ocho de anchura; ésta es la casita que erige Santiago en honor de la Virgen Santísima; y le voy a contestar, y permitidme la ironía, a Natal Alejandro, que también mandaban los romanos en Roma y también había persecuciones en Roma; y sabemos que allí estaban las catacumbas y los cementerios y las capillas y allí estaban los cristianos; y vosotros, Ayuntamiento, le tenéis que contestar conmigo señalando a la antigua Cesaraugusta, que precisamente en este lugar en que estamos nosotros estaban también las catacumbas como en Roma; porque recordemos a Murillo, que escribe poco tiempo después de ensancharse este templo, y recordemos a Aramburo, que atestigua lo mismo que él está viendo, y recordemos a Galván, un Deán de Zaragoza que venía desde su casa nativa aquí al Pilar por los subterráneos, y veréis que en este mismo paraje en donde apareció ese mosaico y en donde al cimentar las torres que se han levantado ahora más altas, han aparecido vestigios y monedas romanas, estamos en un paraje romano; y así como en Roma se reunían los cristianos en aquellas catacumbas, aquí estaba esa capillita chica, angélica capilla que nosotros llamamos; y os dirá el archi-

tecto conservador de la Santa Capilla, que en sus muros está embutido un trozo de lienzo de pared de aquella capilla primitiva, como habréis conocido alguno de vosotros, aquella iglesita chiquita que había en la calle de San Gil, de la que todavía aún quedan algunos pilares y algunos capiteles, subiendo a Palacio Arzobispal y en el Museo, y que son también románicos. Aquí tenemos la réplica que hemos de dar a Natal Alejandro.

Y vamos a encarnarnos con valentía, hermanos que me escucháis, con el hecho de la venida de la Virgen Santísima. Son muchos los autores que han tratado este tema, pero yo voy a preferir una monografía que es del Arzobispo Doménech, porque tiene una importancia trascendental. Un día hablábamos con él y abrió un cajón y nos dio aquella monografía. Con su venia, hicimos copias; inspiramos en esa monografía un artículo que publicó «Ecclesia»; dimos una copia a un amigo y tuvimos el consuelo, muerto ya este Arzobispo de grata memoria para la Virgen del Pilar, de que mientras descansábamos en Levante, aquella monografía la publicó el Centro de Cultura Hispánica de Aragón. Y esa memoria tiene una importancia capital, porque si queréis barruntar —no debo hablaros con más claridad— la importancia de esa memoria, leed las primeras palabras que hay en el párrafo tercero y veréis que dice allí que manda esta memoria y que adjunta boletines en que aparecen transcritos los documentos que él va a citar; lo cual quiere decir que era un momento de peligro, parecido a aquél de Loaisa que trataba de quitar la tradición de la venida de Santiago; un momento de peligro para la tradición de la venida de la Virgen en carne mortal a Zaragoza, porque se acababa de editar una Historia Eclesiástica en España y el riesgo era grande para esta tradición.

Pues bien, citaremos con este Arzobispo algunos de aquéllos documentos; oíd: Año 885. Salduba —esto es, Zaragoza—, ahora es árabe, es mora, y en pleno dominio moro se encuentra ese documento de un monje parisino, de Aaimoino, que está precisamente en San Germán de París, y tenía un compañero que había huído de Zaragoza porque temía al rigor del Obispo Senior, y temía a este Obispo porque llevado por un exceso de piedad, había hecho robos de algunas reliquias, y huye y se refugia en París; y éste informa a Aaimoino, y éste escribe ese documento en el cual se habla de la antigüedad de Santa María la Mayor de Zaragoza, que es madre de las iglesias de la ciudad y que aquí había sido arcediano San Vicente Mártir; es un documento, como véis, del siglo IX.

Y pasamos al siglo siguiente, año 987, y Moción, hijo de Fruya, tiene otro documento en el cual lega a esta Santa María, que está sita en Zaragoza, y al hacer este legado aparece otra vez, por ende, Santa María. Llegamos a 1118, y entonces el Papa Gelasio II da la Bula para la Reconquista, la Bula de indulgencia para la Cruzada de la Reconquista de Zaragoza, a la cual Bula se acoge Gastón de Bearne, al guerrero de la trompa de guerra tallada en marfil que está en nuestra Seo, con la que viene a la reconquista de Zaragoza; pero Gelasio II pide limosnas para reconstruir el templo antiquísimo de Santa María la Mayor de Zaragoza.

Y llegamos a 1119 y se realiza en seguida la reconquista, y entonces aquel documento importantísimo de Pedro Librana, que es Obispo de Zaragoza, que lo suscribe también el Arzobispo de Toledo, para que veais que aquello de Toledo había sido un episodio

esporádico nada substancial, y este Arzobispo firma porque es el Legado del Papa a la sazón, y firma el Obispo de Huesca, y el de Calahorra, y el de Sescar, en el Bearne, y es como una carta encíclica, circular para que corra por el mundo, fuera de España, pidiendo limosnas para reconstruir este templo por su antigüedad, porque era de la Virgen Santísima, porque era tan venerando, porque era tanta su devoción, palabras y elogios de este siglo ya para este templo. Y llegamos a 1120, al año siguiente de la reconquista, y se realiza el hallazgo del cuerpo de San Braulio en este templo de Santa María, y hoy lo tenéis a San Braulio debajo del Altar Mayor.

Quiero citaros brevemente tres documentos, porque tienen mucha importancia: Son de 1181, de 1205 y de 1227, y están en árabe y se habla de Santa María de Zaragoza y se habla en esa lengua árabe del Prior y del Capítulo de Zaragoza, lo cual quiere decir que entre los moros que había entre nosotros y que hablaban aquella lengua, era familiar y conocida la existencia de este templo.

Y llegamos, Ayuntamiento, tengo que felicitarte, alborózate, grande es la alegría que debéis tener, al primer documento en que aparece el Pilar; es vuestro, es un documento de 1299 de la Ciudad, y se conceden prerrogativas y privilegios a los peregrinos que abundantemente vienen a Santa María del Pilar de Zaragoza. La primera vez que se consigna el Pilar en un documento histórico, como piden los hiper críticos, se debe al Ayuntamiento, porque vosotros representais a aquella ciudad.

Y después, en el año 1317, otro documento en que se habla del Pilar por un legado de dos cuarteles de trigo para el culto de Santa María de Pilar. Y después llegamos a un documento de gran trascendencia del año 1318 y este documento es una reclamación en que el Cabildo y el Prior de Zaragoza recurren al Papa Juan XXII. Juan XXIII, Juan XXII. Cuando eligieron Papa a Juan XXIII, nuestro venerado Padre Santo, le dijo un Cardenal: «Llegáis en mucha edad». Y contestó en seguida nuestro Papa: «Pero Juan XXII era más viejo que yo y vivió dieciocho años». Efectivamente, no era una grata figura, era de pobreza física; muy viejo había sido hecho obispo, pero parece que es el Papa más grande que hubo en Avignon, y ante él se persona el Cabildo de Zaragoza, y en aquella reclamación suya, en que se hace historia de este templo, dieciocho veces se habla de Santa María de Zaragoza y una vez nada más se habla del Pilar, y se dice que es *la iglesia más antigua de Zaragoza y de España*, y que en las crónicas consta que fue erigida el año 41 después de la encarnación del Verbo, y que en ella jamás se dio culto a Mahoma.

Aquí tenéis otro documento; llegamos, con él, a 1456, en donde ya mi paisano el Papa Calixto III expide una Bula en que se consigna abiertamente la venida de la Virgen María en carne mortal a Zaragoza.

Consecuencias: hay una prueba abrumadora, es una prueba irresistible la de la antigüedad de la existencia de un templo mariano aquí en Zaragoza, Santa María la Mayor, que es de mucho antes de que vinieran los moros y, por consiguiente, ya véis cómo la tradición se está consolidando.

Y llegamos al punto neurálgico; oídme bien, aragoneses (el Reino de Aragón somos nosotros, Aragón, Cataluña, Valencia, Baleares), oídme bien. El Arzobispo Doménech dice del autor de esa Historia Eclesiástica de que hablé, que ha tenido habilidad; a

pesar de la delicadeza de hablar del Prelado, ya véis la palabra que emplea: habilidad. Le llama sutil y descontentadizo, ¿cómo no apelaría y apelaba en el fondo al sucesor y discípulo de aquel padre? Porque dice que ha hecho una distinción; porque, mirad, hermanos, historiadores del fuste de Kuper, Flórez, Risco, Fita y otros más, han venido a nuestro archivo y viendo estos documentos que hemos citado, hallados aquí en Santamaría, de la antigüedad de Santa María, deducen la antigüedad del Pilar; pero ahora se ha hecho una distinción que yo llamaría escotística. ¡Ah, si en las tradiciones que hay por el mundo estableciéramos distinciones de miembros y miembros, no sé dónde iríamos a parar! Porque entonces la distinción es ésta: se admite la antigüedad de un templo de Santa María en Zaragoza, pero se discute la antigüedad del Pilar.

Y hemos de contestarles: ¿por-qué aquél documento a Juan XXII, dieciocho veces habla de Santa María y una vez nada más del Pilar? Como nosotros, a nuestra vez, nombramos muchas veces este templo y basílica, y la angélica capilla la nombramos menos veces. Porque entonces había un templo para dar tregua al culto catedralicio, pero además estaba la santa capilla y había una puerta que daba a un claustro y en ese claustro la santa y angélica capilla, y allí el Pilar y la lámpara votiva, y, por tanto, ya se entendían al hablar; pero esto no quiere decir que no estuviera ya el Pilar en aquel templo.

Hemos de replicar que ya antes de la Reconquista, en Borau y Alcañiz existían imágenes del Pilar, y hemos de replicar que aun antes del documento primero en que aparece el nombre del Pilar y que es gloria del Ayuntamiento de Zaragoza, aun en la Reconquista, en Andalucía, luchadores aragoneses fundaban cofradías del Pilar.

Por consiguiente, hemos de encararnos con los contradictores y decirles: ¿Pues qué pensáis vosotros de esta raza aragonesa, que en Zaragoza, más bien que imaginativa es práctica; que son capaces de una patraña? Y hemos de decirles, con el P. Corro y con el P. Nazario Pérez y con el Arzobispo Doménech, venid a la realidad y sabed que había una catedral antigua que era Santa María la Mayor, pero después de la Reconquista allí estaba, como sabemos todos, aquella mezquita, allí estaba aquel templo mahomético que es bautizado y se acristiana y surge allí otra catedral que va tomando por momento ambiente. Y hay cierta lucha entre los dos Cabildos; no os asustéis de esta realidad; un archivero publicó, como sabéis, un estudio sobre el Milagro de Calanda, y me consultó atemorizado. «Aquí se ven luchas con el Prelado y se ven luchas con el Cabildo»; y yo le dije: «Eso es historia y advera más el hecho del milagro, pues así ahora, había pugna entre este Cabildo de Santa María y el Cabildo de La Seo; decidme, si este Cabildo de Santa María hubiera inventado la patraña del Pilar, ¿qué no hubiera hecho La Seo para borrar a su contrincante? Y hubiera cumplido su deber. No, nosotros admitimos honradamente la antigüedad de ese Pilar». Y vamos ahora, brevisísimamente, a recordar la trascendencia e irradiación primeramente hispánica de este Pilar, porque, mirad: Alfonso el Sabio «fizo oración —como dice una de las cantigas— aquí en el Pilar y clama y pide a la Virgen del Pilar que sea la Señora de todos sus fechos». Mirad, aquella Bula de Calixto III es de 1456; pues antes, 15 de abril de 1431, en el corazón mismo de Castilla, Juan II de Castilla

va a la guerra con los moros, y los datos que os doy son de su cronista, de aquel halconero suyo, Carrillo de Huelo, y éste nos dice en la crónica del rey Juan II, que va a Toledo y va a tener una vigilia mariana, y allí están los pendones que lleva al combate, el pendón que ha discurrido el rey, el pendón real de Castilla, el de la divisa de la banda, y el pendón de Santiago. Y van a ser bendecidas la cota y la espada de D. Alvaro de Luna, el condestable que tiene una capilla flamígera, preciosa, en la catedral de Toledo, dedicada a Santiago, como hay un templo subiendo hacia el Miradero, también de Santiago; Toledo es muy santiaguista; aquello fue un episodio lamentable, nada más. Pues bien, se tiene una hora santa y dice misa D. Diego de Fuensalida, Obispo de Avila; ¿sabéis ante qué Virgen?; es en el corazón de Castilla, ante la Virgen del Pilar. Que no nos digan que no ha tenido redundancia española el culto del Pilar. Porque después de la reconquista de Granada, el Rey Católico manda aquel collar en cuyas piedras se melló el puñal de un regicida y una Biblia, desde Granada al Pilar, y se hacen oraciones de gracias aquí por la victoria.

Y veréis después que Carlos V envió una imagen de la Virgen del Pilar a Méjico; y allí en Méjico crece la devoción de la Virgen del Pilar, pues en la misma Guadalajara de Méjico hay un Deán de herido viene a curarse aquí en el Pilar de Zaragoza, haciendo una novena, y su hermano se hace gran propagandista de la Virgen del Pilar; y hay un momento en que crece asombrosamente en América la devoción de la Virgen del Pilar y por los mares llega hasta Oceanía. ¿Sabéis qué momento es en el que dicen esto los historiadores? Es también una gloria del Ayuntamiento, es el momento del milagro de Pellicer, cuando aquel milagro estruendoso, que es quizá lo más grande que tiene la apologética cristiana en el mundo, cuando la noticia de ese milagro llega a América, crece la devoción. Y ese milagro, en cuanto a su proceso, Ayuntamiento, os lo debemos principalmente a vosotros, que lo pedisteis al Arzobispo Apaolaza; pues bien, así va creciendo la devoción al Pilar, y de esta manera no nos tiene que asombrar que en el Congreso Ibero-Americano Mariano que hubo en Sevilla, se estudie en el Archivo de Indias y se miren las Reales Ordenes para América y los nombres de los barcos para América, y aparezcan muchos nombres de Vírgenes, sobre todo de misterios dogmáticos, pero en cuanto a Vírgenes locales, destaca el Pilar. Por tanto, hermanos, no nos debe asombrar que como ha recordado el Boletín del Centro de Cultura Hispánica de Aragón en 29 de diciembre de 1939, por un Decreto del Gobierno español, se declare Templo de la Raza y Santuario de la Hispanidad a este Templo del Pilar de Zaragoza. Allí está el informe bien documentado de la Academia de la Historia y el informe, todo vehemencia de corazón, de la Academia de Bellas Artes. Templo Mariano de la Raza, Santuario de la Raza, Templo Hispánico.

Pero después hay algo más, porque sabéis vosotros que tuvimos una nota que nos contristó, por los días del Pilar. Yo os digo que en Madrid parece que se ha cesado en esa campaña, pero en una región hermana y muy querida de nosotros continúa, y va viniendo prensa de aquella región en que la campaña se advierte, y parece ser que hasta en el descubrimiento de América ya no tendrán importancia ni el tesorero Santángel ni la Corona de Aragón. Vamos a nuestro propósito. Quiero recordar algo trascendente que yo no sé si se recordó con motivo de estos comentarios a que yo me

he referido ahora. Y es un hecho que recoge un folleto que quizá es también del Centro de Cultura Hispánica de Aragón. Año 1956: Instituto del Consejo de Misiones de España, del Ministerio de Estado de España, de Asuntos Exteriores. Asiste el Nuncio de Su Santidad, y asiste también el Ministro de Asuntos Exteriores, persona a la que hemos aplaudido no ha mucho aquí, como sabéis, en el Congreso de Apostolado Seglar. Y allí hay ante aquellas personalidades una propuesta: se va a nombrar una Patrona de los misioneros españoles en el mundo, y no se propone a la Virgen del Pilar.

¡Ah!, pero allí había un agustino recoleto, otro paisano mío muy querido de vosotros, de quien es ese folleto, en el cual se dice algo nada más de lo que ahora os voy a contar. Aquel agustino pide la palabra, y ruega que se nombre una comisión, y el P. Constantino Bayle y el P. Félix García y este P. Carceller y otros dos Padres, forman en aquella comisión. No creáis que la empresa era fácil, porque yo he podido comprobar en dos momentos la sorpresa de un purpurado y de un ministro, al ver el farol de la Hispanidad. No fue fácil la empresa; pasaron dos años hasta que llegamos a 1958 y la ponencia dictamina; después se tiene una sesión, el año 1959, a la que yo asistí, y en donde el Alcalde y el Ayuntamiento de Zaragoza llevaron la imagen del Pilar, y por aclamación se nombra Patrona de los misioneros de España a la Virgen del Pilar, porque es la Virgen misionera, que viene a sostener a Santiago en su misión, porque tiene relación el Pilar con todas las Ordenes Misioneras, porque además ha trascendido por todo el mundo ibérico la devoción de la Virgen del Pilar. ¿Cómo no iba a hacer esto el P. Carceller? Mirad cómo son los agustinos, para que los queráis más por la devoción al Pilar. Era tiempo del Beato Juan de Ribera, que por misericordia de Dios pronto va a ser santo. Está predicando a los moriscos y quiere buenos predicadores; y oye a un misionero agustino y le place la predicación, y en seguida en Valencia los agustinos. Y hasta que tengan terminado su convento y su iglesia de Santa Mónica, a la otra parte del Turia, donde están hoy las reliquias de la fundadora de las Hermanitas de los Pobres, hasta que tengan su templo, los instala en el Colegio de Niños Perdidos de San Vicente Ferrer; y allí está una Virgencita de San Vicente Ferrer, la Virgen de los Niños Perdidos; hoy, de acuerdo con Roma, se la llama la Virgen del Niño Perdido. Tal vez hubiese sido la Patrona de Valencia, porque le habló a San Vicente en la lengua natal, porque era una Virgen bellísima, como el gran esteta San Vicente la había menester, pequeña para llevarla en sus viajes, preciosa, pero eran los agustinos, y cuando ya van a su convento, como allí tenían imagen de Cristo crucificado, del Beato Juan de Ribera, y tenían su Virgen del Pilar y con la devoción muy extendida, ¿sabéis lo que hicieron?; le pidieron a la Virgen que dijera dónde quería ir, y por tres veces por suerte salió Caudiel, un pueblecito que está en la ruta férrea y por carretera de Aragón con Valencia; por cierto que allí a aquella Virgen le han hecho un camarín de lo más bello, artístico y rico que pueda haber en el mundo. Pues bien, con ese amor pilarista, el P. Carceller reaccionó, y la Virgen Patrona de todos los misioneros españoles es la Virgen del Pilar.

Por esto llegamos —¡oh, acierto del Arzobispo Doménech!—, llegamos a 1954: Consagración de España al Corazón de María, en esa plaza, Alcalde, esa plaza de vuestros amores, que el Ayuntamiento ha ido trabajando sucesivamente hasta lograrla. Permi-

tidme que os diga, amigo, y no os miro como Alcalde, que hasta una caída deportiva os costó esa plaza. En esa plaza, la Oblación al Corazón Inmaculado de María, y el Papa que habla y que dice aquellas palabras que están en el Oficio de la Virgen del Pilar. Has elegido este lugar para que allí more tu corazón y tus ojos moren y miren a tus hijos. Y la Hispanidad te contesta desplegando las banderas que aquí montan su guardia para custodiarte.

Y después, el año 1958. No lo veo, pero acaso esté entre vosotros un gran amigo, y gracias a su tesón, lo que no habíamos conseguido otros, él lo logró: el Decreto concediendo el rezo de la misa a toda la Cristiandad ibérica el día de la Virgen del Pilar, que es el reconocimiento de hispánica a la Virgen del Pilar.

Por consiguiente, y termino, y perdonad si me excedí, el amor es así, hermanos. Ayuntamiento de Zaragoza, en los Pirineos un incendio legendario. Y aquellos fuegos se comunican a ese condado modesto que empieza siendo Aragón y que acaba siendo una monarquía fastuosa, imponente, cuando tiene el Principado de Cataluña y el Reino de Valencia y las Islas Baleares y Cerdeña y Sicilia y Nápoles, tiene, como sabéis, el Rosellón y la Provenza, y en Constantinopla dominan los almogávares, cuando Roger de Flor allí se impone, cuando es traicionado y el rigor de los almogávares tiene aquella célebre venganza catalana, cuando llegáis hasta Oriente, cuando Roger de Lauria dice que hasta los peces necesitan las barras de Aragón para surcar los mares y aquel incendio del Pirineo se comunica en un incendio de grandeza a la Corona de Aragón en esas barras que tremolan al aire, que son rojas como la sangre aragonesa y son de oro como vuestras glorias, y después se ha hecho una síntesis de esas barras en el oriflama nacional, que es el que lucía sobre el firmamento azul el día que se inauguró esa torre, y a esa bandera y a esta España y a esta Casaraugusta ha venido Santiago a darle su mensaje evangélico y la Virgen a traer aquel mensaje suyo para que se irradie por el mundo. Por esto habéis hecho bien en darnos esa plaza, para que cuando vengan a venerar a esta Virgen en el lugar en que se posaron sus plantas, podamos todos decir con el amor de nuestra alma: «Bendita sea la hora en que la Virgen María vino en carne mortal a Zaragoza».

A M E N

SE PROYECTO ESTA PUBLICACION
EL DIA 2 DE ENERO DE 1960,
FESTIVIDAD DE LA VENIDA DE LA VIRGEN
EN CARNE MORTAL A ZARAGOZA,
Y SE TERMINO DE IMPRIMIR,
EN EDICION LIMITADA A MIL EJEMPLARES NUMERADOS,
EN LOS TALLERES DE OCTAVIO Y FELEZ, S. L., DE ZARAGOZA,
EL DIA 12 DE MARZO DEL MISMO AÑO,
FIESTA DE SAN GREGORIO MAGNO.

